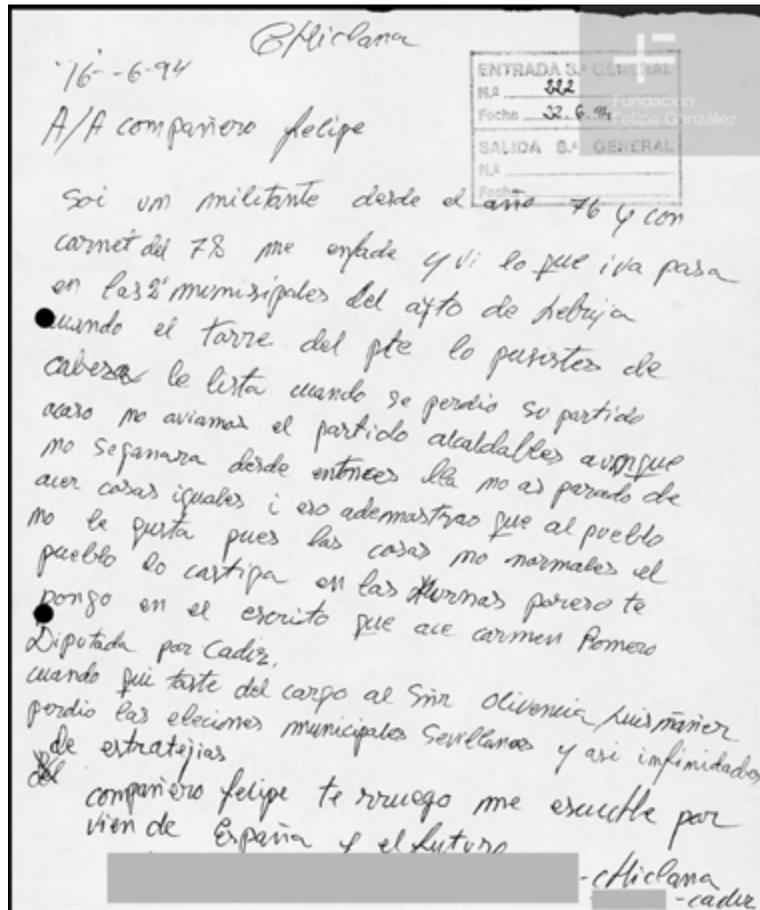


Capítulo 1



Carta de un militante a Felipe González mostrando su indignación con los resultados obtenidos en las elecciones municipales del Ayuntamiento de Lebrija y adjuntando algunos consejos y propuestas para mejorar la composición de los miembros del Gobierno y la situación política española. Chiclana de la Frontera (Cádiz), 1994. Archivo Fundación Felipe González, signatura AFFG FFG004879.

Al compañero Felipe

Por Julia Navarro

Lo propio del poder es manifestarse de arriba hacia abajo, pero hay formas de entender el poder que buscan mantener mecanismos de contacto con la ciudadanía que van en sentido inverso: de abajo hacia arriba.

Durante los casi catorce años (1982-1996) que Felipe González estuvo al frente del gobierno de España, miles de personas – muchos eran militantes socialistas, otros ciudadanos sin afiliación política– se dirigieron a él por carta para trasladarle todo tipo de iniciativas e inquietudes. Haciendo suya la máxima de pensar por ellos mismos –el lema de la Ilustración según Kant– a su manera intentaron participar en los asuntos del común. En la política.

Siendo como ha sido Felipe González el único presidente del gobierno al que los ciudadanos llamaban por su nombre, no es de extrañar que buena parte de las cartas que se recibían en La Moncloa estuvieran dirigidas «Al compañero Felipe». En otras se ampliaba la referencia postal, y para asegurar que llegarían a sus manos, se cumplimentaban los sobres con todas las referencias propias del rango del destinatario.

En alguna ocasión me he preguntado si los presidentes de gobierno leen las cartas que les envían los ciudadanos. La respuesta que me daba a mí misma era que no. ¿Cómo podrían dedicar parte de su escaso tiempo a leer las decenas de cartas que les llegan diariamente? Pero estaba equivocada al menos en lo que a Felipe González se refiere. Lo sé porque se lo he preguntado.

- ¿Leías las cartas que te llegan a la Moncloa?
- Algunas sí... claro... cuando en la secretaría pensaban que tenían un interés especial me las pasaban.
- ¿Y respondías?
- Sí, respondí a muchas de ellas...

Y durante esta conversación fue el propio Felipe quién me dio una pista para sumergirme en las cartas que me podían interesar.

- Me llamaban la atención -decía- las cartas en las que me daban consejos sobre cómo gobernar.

La respuesta de Felipe me sorprendió. Por una parte, me parecía una osadía escribir a un presidente de gobierno diciéndole lo que tiene que hacer. Pero inmediatamente me di cuenta de que, en realidad, a diario, todos opinamos no solo sobre lo que tiene que hacer el presidente de gobierno de turno, sino sobre nuestro vecino de la escalera, o cómo debe de llevar el negocio el de la tienda de la esquina, y cómo resolver sus problemas sentimentales nuestra prima. Además, en los medios de comunicación es habitual que, acompañando a la información, haya también un buen número de opiniones críticas, unas benevolentes, otras no, pero siempre señalando el camino que deben de seguir los gobernantes. Por tanto, todos somos expertos en el oficio de aconsejar.

Como dar consejos no es una tarea baladí Antonio Machado dejó dicho: «Doy consejo a fuer de viejo: nunca sigas mi consejo». Pero me temo que es parte de la naturaleza humana dar consejos en vez de tener en cuenta el «consejo» de Machado, o acaso por eso. Ya digo que fueron miles de cartas las que recibió Felipe González y que en tan copioso mosaico se puede leer de todo. Por lo general el

tono acostumbra a ser respetuoso; en algunos casos la ingenuidad de quienes las redactaron los lleva a pensar que están diciéndole al «compañero Felipe» aquello que no se atreven a decirle sus colaboradores más próximos. O incluso lo que él no querría oír. Son más las sugerencias que las peticiones. Algunas veces, auténticos y pormenorizados programas de gobierno.

En cualquier caso, esas cartas llegadas a la Moncloa eran una puerta abierta a la realidad, a esa realidad que veces se muestra lejana de los ámbitos de poder.

Lao Tse afirma que para «dirigir personas» hay que caminar detrás de ellas, mientras que José Martí sostenía que «para ir delante de los demás» se necesita ver más que ellos. Quizá con la lectura de estas cartas de ciudadanos, Felipe González podía unir los dos consejos, el del filósofo chino fundador del taoísmo y el de José Martí, escritor y político cubano.

Si se dice -con razón- que todo español tiene en la cabeza una lista con la alineación ideal para conformar el once de la selección nacional de fútbol, de la lectura de las cartas enviadas a Felipe González podría deducirse que otro tanto sucede con los programas de Gobierno. Como son muchas y, tanto en letra como en expresión, muy diversas a la hora de manifestar sus ideas, quizá lo más sensato será escoger algunas que por su contenido puedan dar idea del pintoresco -y en ocasiones entrañable- mundo que se manifiesta en estas cartas «Al compañero Felipe».

Yo he elegido para comentar una que le escribe Pablo Ramos desde Chiclana, en Cádiz, en junio de 1994 y dice:

Soy militante desde el año 76 y con carné desde 78. Me enfadé y vi lo que iba a pasar en las segundas municipales del Ayuntamiento de Lebrija cuando al compañero [...] le pusisteis de cabeza de lista y, claro, se perdió. Desde entonces no has parado de hacer cosas iguales y eso demuestra que al pueblo no le gustan y castiga en las urnas las cosas que no son normales.

No le gusta lo que ve, pero tiene un plan para remediarlo:

Te escribo mi consejo porque todavía estas a tiempo de no terminar ni con el partido ni con la Nación española.

Este militante incluso le aporta una lista de futuros miembros del consejo de ministros:

1. Propón Presidente de España a Joaquín Leguina; vicepresidente a José Bono y sigue tú como secretario general del partido.
2. Rompe las relaciones con Convergencia y Unión.
3. Quita a Pérez Rubalcaba, Javier Solana y Narcís Serra.
4. Baja los sueldos de todos los funcionarios de la política (50%) y para el 50% de los coches oficiales.
5. La 2 de TVE que pase a ser de las autonomías y vende bien las autonómicas a particulares.
6. Paga sueldos a los soldados y verás cómo se acaban los objetores y quita el castigo pues eso es de la época de Franco, no de la nuestra.
7. Cuando la prensa diga algo, hazla caso, pues tu eres el Gobierno, no un encubridor de los corruptos.
8. Paga las medicinas que cualquier ciudadano español necesita fuera de España.
9. Avala todos los proyectos que presenten los empresarios que se demuestre que no tienen patrimonio a la petición de préstamos a bancos.
10. No digáis más lo que habéis hecho, decir lo que vais a hacer y hacedlo.
11. Dirígete una vez al mes a la Nación simultáneamente por todas las cadenas de radio y de televisión y visita los pueblos, no solo cuando hay elecciones.
12. Que los organismos funcionen rápidos y no tanta burocracia y tantas ventanillas que las autoridades estén a la altura de las personas.
13. Que el paro de cualquier ministro sea como del de cualquier español y que sí se coloca durante el paro que se le quite.
14. Velar por las empresas creadas y preocuparse por ellas, no perseguirlas como defraudadoras pues defraudan por la tan grande presión fiscal existente.

15. ¿Qué pasa con las juventudes? ¿Qué sitio las estáis dejando? Sí los votantes que son del PSOE supieran que lasas nos son escuchadas en las reuniones locales porque nada más hablan los concejales, ¿qué votarían? [...].

Y así del más variado tenor hasta un total de 45 recomendaciones. Termina su carta con una posdata en la que dice que manda copia de la carta a la dirección local de Chiclana. También da cuenta de haber enviado otra carta un año antes, en septiembre de 1993.

«No sé –concluye– si llegó a tus manos».

Pues sí, las cartas del «compañero Pablo» le llegaron al «compañero Felipe» y quedaron archivadas entre la correspondencia recibida.

¿Hicieron mella en el «compañero Felipe» algunas de las recomendaciones del «compañero Pablo»? Habría que revisar qué hizo y qué dijo en aquel año el entonces presidente González para saber hasta dónde calaron en él los consejos recibidos de este militante socialista de Chiclana. Pero echando la vista atrás es evidente que el «compañero Felipe» no aplicó la mayoría de los consejos del «compañero militante». Ni bajó los sueldos a los funcionarios, ni Pérez Rubalcaba, Javier Solana y Narcís Serra dejaron de ser personas de su total confianza y, desde luego, nunca hizo demasiado caso a la prensa. En mi opinión Felipe González nunca gobernó a golpe de titular, lo que no quiere decir que lo que se publicaba no le hiciera mella y en muchas ocasiones le irritara.

En cualquier caso, la mayoría de las recomendaciones del «compañero militante» están hechas desde el sentido común más allá de la propia ideología y eso es lo que se percibe en su carta y en otras muchas que no me resisto a comentar, como la que el 7 de julio de 1994 Antonio, ciudadano vasco, le escribe desde Basauri, en Vizcaya, para ofrecerle todo su apoyo y sugerirle que emplee un lenguaje menos técnico y político, e indicarle «que sea más humano y utilice frases tiernas y concretas que demuestren más cariño y humanidad». También le comunica su disposición «a

«echar una mano sí necesitas algo de mí. Puedes contar conmigo en todo lo que yo humildemente pueda ayudarte a ti y a nuestro partido, estés abajo o arriba, allí estaré contigo».

De Valencia escribe Víctor González desde la Agrupación Marítima para exhortarle a cambiar el sistema de financiación de los partidos y así evitar la corrupción. «Perdona el atrevimiento», le dice, «necesitaba expplayarme».

Y sí: el sistema de financiación de los partidos sufrió modificaciones (¿acaso por este consejo?), pero no hace falta decir que con escasos resultados.

Una carta firmada por R. M. y fechada en Madrid en 1995 pide que la disculpe por poner sólo sus iniciales porque «no le gustaría que su marido se enterara». Y lo que dice R. M. en su misiva es que el PSOE tiene que buscar para sus listas electorales «gente joven, sin tacha, sin antecedentes ni pasado» y señala que «el PP no ha conseguido nada con Fraga pero en cuanto se ha renovado ha empezado a subir [...]».

No es que yo quiera enmendar la plana ciudadana pero no estoy segura de que solo con una renovación de las listas electorales se hubiera podido frenar en aquel momento el evidente declive del PSOE.

El 21 de junio de 1994, Julio se desahoga. «El pueblo nunca se equivoca y nos ha pegado un palo. O a lo peor se equivoca, pero como no ha de dar cuenta a nadie de sus errores, es como si no se equivocase. Y nos han pegado un palo, pero ¿por qué». Él mismo se responde: «Desilusión, creo yo» y aconseja personalizar las candidaturas «porque a la gente le gusta saber que su diputado o concejal lo han elegido ellos» además de dotar de transparencia la financiación de los partidos políticos.

No puedo más que coincidir con el diagnóstico de Julio. Porque eso es lo que sucedía en aquel momento: empezaba a cundir la desilusión...

Desde Guadalajara, Gonzalo le critica por ceder a las imposiciones de Convergencia y Unión. Según él «les tiene calados» y «representan a los empresarios catalanes interesados en sacar ventajas partidistas en detrimento del interés general de España».

Sin comentarios.

Manuel le escribe desde Madrid para –según dice– reprochar a la derecha su hipocresía al denunciar la corrupción, olvidando lo que fue el régimen de Franco.

Carmen reflexiona desde Málaga sobre la pérdida de puestos de trabajo que se podría corregir de no haber suprimido los cobradores de autobuses de línea y en los autobuses urbanos.

Desde Vilanova i la Geltrú (Barcelona), Mariángeles le pide listas abiertas y salir de la Comunidad Económica Europea.

Lo de las listas abiertas podía ser un consejo sin duda a considerar, pero menos mal que «el compañero Felipe» no tuvo en cuenta la recomendación de sacar a España de la Comunidad Económica Europea.

Incluso desde Dortmund (Alemania), un trabajador español que estaba jubilado cuando escribió la carta le pide que no convoque elecciones en marzo por coincidir con las vacaciones del IMSERSO. Y –concluye– «se perderían votos».

Javier que vive en Totana (Murcia), «en nombre propio y de otros compañeros», le traslada una resolución de su agrupación que acordó «pedirte, solicitarte, demandarte, requerirte, exigirte... que seas el candidato a presidente en las próximas elecciones generales».

Corría el otoño del año 1995 y desde Valencia, Victoria le dice que no se preocupe, que no se va a perder las elecciones porque la «gente ya habrá espabilado y no va a volver a tener una hora tonta».

Así que, enfrascada en la lectura de «algunas» de esas cartas que llegaron hasta la mesa de Felipe González, he recordado una frase que leí hace tiempo, no sé dónde, atribuida a Fray Antonio de Guevara: *el aconsejar es un oficio tan común que lo usan muchos y lo saben hacer pocos*. Este fraile franciscano, nombrado predicador real por Carlos V, amén de cronista oficial, fue un escritor destacado de su tiempo y desde luego él no renunció a aconsejar al emperador.

En realidad, creo que el ser humano es proclive a escuchar a quienes comparten sus mismas opiniones y a sentir cierto rechazo hacia quien nos describe una realidad alejada de la que nosotros pensamos, soñamos o vemos. Los «Pepito Grillo» nunca son populares. Quizá por eso los gobernantes tienden a rodearse de quienes no le contrarían, de quienes los admiran o hacen que los admiran, de quienes escuchan sus palabras como si se tratara de la Verdad Revelada. A lo largo de mis muchos años como periodista he podido comprobar la cantidad ingente de «pelotas» que rodean a los que mandan. Incluidas gentes de mi gremio. Y sé lo antipático que se hace quien osa discrepar, aunque sea desde el afecto y la lealtad. Así que, sin ser puntillosa con el pensamiento de Fray Antonio de Guevara, pienso que no solo hay que saber aconsejar, sino que el verdadero quid está en quién recibe el consejo. Quizá tenga razón Oscar Wilde, que dejó dicho que los consejos que le daban los «traspasaba». Es decir, los ignoraba.

Por eso me sorprendió la afirmación de Felipe González de que en algunas ocasiones sí tenía en cuenta «los consejos» que le daban. Quizá porque en las cartas que recibía se reflejaba la buena fe de los escribientes haciendo buena esa reflexión de Joseph Addison de que ninguna cosa es tan difícil como el arte de hacer agradable un buen consejo; o quizá porque en la lectura de estas cartas se hace evidente que Felipe recibía sobre todo

consejos bienintencionados, encaminados a que adoptara decisiones de Gobierno para paliar los problemas de las capas más desfavorecidas de la sociedad.

Si algo se deduce de las cartas enviadas al «compañero Felipe» es que los que firmaban las misivas cargadas de consejos lo que pretendían era ayudar a que no se equivocara en la tarea de gobernar y rectificara los errores que, a juicio de los escribientes, estaba cometiendo.

Conociéndole –si es que se puede llegar a conocer realmente a alguien, más si se trata de un político que ha llegado a presidente del gobierno–, diré que en todo caso Felipe González siempre ha sabido escuchar y sobre todo encajar las opiniones discrepantes. No digo que le gustaran las discrepancias, pero sí que estaba dispuesto a reflexionar sobre algunas de las que le manifestaban, sobre todo, si no iban cargadas de mala baba.

Llama la atención también cómo en aquellos años, desde 1982 a 1996, en muchas de las cartas se traslucía la preocupación por los «acuerdos» a los que el gobierno de González llegaba con Convergencia y Unión. Inquietud y desconfianza provocaba en los militantes–escribientes esa política de acuerdos del gobierno con el nacionalismo catalán. Una preocupación casi se diría que premonitoria, pero que, echando la vista atrás, el entonces presidente González no tuvo en cuenta. ¿Podría haberlo hecho? ¿Se arrepiente de no haber tenido en cuenta a quienes le alertaban sobre el nacionalismo catalán?

No lo sé, pero sí estoy convencida de que Felipe González ha sido el político español que mejor ha comprendido las pulsiones de la sociedad, y acaso esas cartas repletas de recomendaciones hayan sido en ocasiones una buena guía para otear el sentir y las preocupaciones de los ciudadanos.

Ante la fluida relación que Felipe González fue tejiendo a lo largo de su etapa de presidente del gobierno con los principales dirigentes políticos mundiales de los años ochenta y noventa del pasado

siglo (Ronald Reagan, Mijail Gorbachov, George Bush padre, François Mitterrand, Helmut Kohl, Margaret Thatcher, Fidel Castro, Jacques Delors, etc.), José María Maravall, que fue ministro de Educación y Ciencia, solía decir que en política internacional España «fue un púgil que peleaba por encima de su peso».

En feliz contraste con la importancia que el personaje logró adquirir en el escenario internacional, en casa, por decirlo así, para muchos españoles nunca dejó de ser «Felipe». Buena prueba de ello son los cientos de cartas en las que, a la vista de la familiaridad (incluso la campechanía) con la que le trataban quienes le escribieron durante los años en los que fue presidente del Gobierno, queda claro que para todos ellos «el compañero Felipe» era uno de los suyos que, además, los escuchaba. Mejor dicho, recibía e incluso tenía en cuenta algunos de sus consejos. Acaso Felipe González había hecho suya aquella afirmación de Abraham Lincoln: *tiene derecho a criticar quien tiene un corazón dispuesto a ayudar*.